

# BOLETÍN DE LA RENOVACIÓN CARISMÁTICA CATÓLICA EN EL ESPÍRITU



Número 10

Junio de 2006

## Palabra de Dios

*“Al llegar el día de Pentecostés, estaban todos reunidos con un mismo objetivo. De repente vino del cielo un ruido como una impetuosa ráfaga de viento, que llenó toda la casa en la que se encontraban. Se les aparecieron unas lenguas como de fuego que se repartieron y se posaron sobre cada uno de ellos; se llenaron todos de Espíritu Santo y se pusieron a hablar en diversas lenguas, según el Espíritu les concedía expresarse”.*

(Hch 2, 1-4)

## Índice

Pentecostés	1
Enseñanza: Ungidos por el Espíritu Santo	2
Este Mes: Proclamar la Palabra	6
Para Meditar	6
El Rincón de los Testimonios	7
Recordemos qué es la Renovación	8
Noticias...Noticias...Noticias	11
Ideas Para Tu Biblioteca	13
A Tu Servicio	13

## Pentecostés

Pentecostés era una de las tres grandes fiestas de peregrinación de los israelitas al templo de Jerusalén.

Por eso la ciudad estaba llena de judíos procedentes de todas partes. En Pentecostés se celebraba la entrega de la ley por parte del Señor a Moisés en el Monte Sinaí; se ofrecían las primicias de la cosecha. En este ambiente estaban reunidos los discípulos.

Lo que ocurre el día de Pentecostés es un fenómeno interior: los discípulos se llenan del Espíritu Santo. Se sienten transformados por este impulso interior y se lanzan a comunicar las grandezas de Dios, es decir, a predicar ante los que habían venido a Jerusalén para la fiesta, y cada uno –siendo de regiones muy distintas- entendían en su propia lengua. Entendían ese mensaje religioso como venido de Dios y no como algo personal de los hombres que lo anunciaban.

En Pentecostés se cumple la promesa del Espíritu Santo, se derrama en los corazones de los discípulos y reciben la fuerza necesaria para ser testigos de Jesús.

El signo de haber recibido esta fuerza es que comienzan a predicar, y a dar testimonio de su fe, cuando hacía pocos días nos cuenta san Juan estaban encerrados por miedo a los judíos (Jn 20, 19). Es el nacimiento de la Iglesia.

Proclamar las maravillas de Dios no es una obligación jurídica que surgiese de una ley escrita o de una norma. La Proclamación de Pentecostés debe surgir del desbordar de gracia recibida y de toda la bendición que Dios prometió y derrama ahora en su pueblo santo.

El Señor nos renueva con su Espíritu. Lo tenemos bien presente y somos conscientes de ello; pero hay que abrir el corazón y desear con entusiasmo la renovación constante de nuestra vida en Cristo. Pentecostés no es una fecha del calendario, es la vivencia profunda de toda la Iglesia que revive con fuerza la bendición de Dios. No hablamos de ideas o proyectos nuestros o de cualquier hombre. Hablamos de los proyectos de Dios sobre todos los pueblos de la tierra.

Nuestro Arzobispo, a partir de las conclusiones del Sínodo de la Iglesia de Madrid, anunciará en Pentecostés la denominada “Misión Joven”. Un momento de gracia especial para que Dios renueve a la juventud creyente o incrédula de esta ciudad. Madrid –como Jerusalén en su momento- es la ciudad cosmopolita y plural, a la que Dios quiere alegrar y renovar con la presencia de su Espíritu.

Que Dios nos conceda a cada uno de nosotros no sólo la gracia de vivir lo que es la columna vertebral de nuestra identidad como grupos carismáticos en la Iglesia, sino también, el tener el ímpetu de proclamar a jóvenes y mayores, con un lenguaje nuevo, las llamadas de Dios al mundo entero: “seréis mis testigos en Jerusalén, en toda Judea y en Samaría, y hasta los confines de la tierra”, en tu familia, en tu barrio, en tu trabajo...

*El equipo de servidores de la Zona Centro*

# Enseñanza: Ungidos por el Espíritu Santo

*“Los once discípulos marcharon a Galilea, al monte que Jesús les había indicado. Y al verle le adoraron, aunque algunos vacilaron. Jesús se acercó a ellos y les hablo así: ‘Me ha sido dado todo poder en el cielo y en la tierra: id, pues, y haced discípulos a todas las gentes, bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo y enseñándoles a guardar todo cuanto yo os he mandado. Y he aquí que yo estoy con vosotros todos los días hasta la consumación del mundo’”.*

*Mt 28, 16-20*

No se trata solamente de tener la presencia de Dios en nosotros, sino de que esa presencia nos guíe en la vida. No basta con estar habitados por Dios: es necesario que la obediencia al Dios que llevamos dentro nos conduzca a través de nuestra existencia en todos los acontecimientos que en ella pudieran suceder. Esta obediencia interior es lo que caracterizó a Jesús, una obediencia hasta la muerte, aceptando la voluntad del Padre. Cuando reprendió a los discípulos de Emaús, les hizo ver la dureza de su corazón por no haber aceptado lo que las Escrituras decían de él y les fue contando su propia vida a la luz de la Palabra, desde el Génesis a los profetas, mostrándoles cómo él había obedecido y cumplido todo lo que estaba escrito. Y su última obediencia le condujo a entregar su vida en una cruz: “¿No sabíais que el Cristo tenía que padecer para entrar en su gloria?”.

Esta obediencia de Jesús hasta la muerte, fue una obediencia profunda al Espíritu Santo. Jesús quedó lleno del Espíritu Santo en su bautismo en el Jordán, fue llevado por el Espíritu al desierto para ser tentado, fue conducido por el Espíritu a predicar a los hombres, fue ungido por él para aceptar entrar en su pasión... En Getsemaní, en medio de su agonía, la unción del Espíritu le hizo levantarse y decir a los discípulos: “Levantaos. Vamos ya”, y enfrentarse a su pasión, sin dudar, con serenidad y hasta con gozo. Y en el momento del sufrimiento supremo en la cruz, cuando grita al Padre: “¿Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?”, nos dice la exé-

sis que Jesús recibió una efusión profunda del Espíritu Santo que, al instante, le hizo exclamar: “Padre, en tus manos pongo mi vida”. Pasó del grito del sufriente que clama a Dios, al abandono del hijo que se deja en manos de su padre. Por eso nos dice la palabra, que “los que son guiados por el Espíritu de Dios, esos son hijos de Dios” y pueden llamar a Dios “Abba, Padre”. Sin el Espíritu Santo quizás podamos hablar de Dios, como lo hacen los hombres de nuestro tiempo, pero no podremos llamarle Padre, porque decir Padre en el Espíritu Santo significa aceptarse y vivirse uno a sí mismo como hijo. Esta es la maravilla del Espíritu: transforma a los esclavos en hijos; cambia a los extraños que sólo pueden decir Dios, en hijos que le pueden llamar “Abba, Papaíto”. Esto, que jamás lo había hecho nadie, lo comienza a hacer el hombre Jesús por obra del Espíritu Santo.

Jesús fue conducido por el Espíritu en cada momento de su vida y, por eso, no perdió nunca el sentido de su filiación divina, dependiendo totalmente del Padre, con absoluta confianza en las palabras que decía, en las obras que hacía, en los milagros que realizaba y en los acontecimientos terribles de su pasión. Nadie puede entender la soledad infinita que sintió Jesús en la cruz, porque no cabe ni en nuestra mente ni en nuestro corazón, y si puede parecer que hubo un momento que, con tantísimo sufrimiento, perdió de vista su condición de hijo que había tenido siempre, inmediatamente la recuperó por la unción del Espíritu Santo y se entregó con paz en brazos

del Padre.

Lo que sucedió en Pentecostés y sucede en nosotros cuando recibimos la efusión del Espíritu Santo, es que éste nos revela a Jesús en plenitud. Y la revelación de Jesucristo produce en el corazón del hombre dos efectos fulminantes e inmediatos: primero, nos hace libres, y segundo, nos hace testigos. Nosotros, cuando no nos dejamos guiar por el Espíritu somos esclavos de nuestra propia palabra, somos esclavos de nuestra forma de mirar a los demás, somos esclavos de nuestra manera de pensar y, a menudo, de la forma de pensar de este mundo. Sin el don del Espíritu Santo no podemos conducirnos en la vida como hijos de Dios; no podemos obedecer interiormente con confianza; no podemos asumir los acontecimientos de nuestra vida con paz, como venidos de Alguien que nos ama entrañablemente. Por eso, nos dice la carta a los Hebreos que “el Hijo de Dios vino para liberar a todos aquellos que, por miedo a la muerte, estaban sometidos de por vida a la esclavitud”. El temor a la muerte es el temor a todo: a la enfermedad, al fracaso, al futuro, al sufrimiento... todos los temores que llenan el alma humana, de los cuales la filosofía humana nos ha enseñado a huir; como hacen, por ejemplo, las filosofías orientales que en el fondo no son otra cosa más que una enseñanza para poder huir del dolor, la limitación, los terrores del futuro, para llegar de ese modo a una especie de paz extraña, inútil, que no encuentra nada. Nosotros sabemos que para vivir libres, con paz, como hijos, nuestra úni-

ca necesidad es el Espíritu Santo, porque fue la necesidad de Jesús y no vamos a ser nosotros más que él.

Esta necesidad del Espíritu en Jesús, en el Mesías, es la que anunciaron los profetas. Si leéis al profeta Isaías, cuando habla del Emmanuel, de un niño que nos va a nacer, inmediatamente dice que sobre él reposará el Espíritu de Yahveh. Leed el capítulo 11 de Isaías y entenderéis cómo no se puede vivir la vida espiritual hasta el final sin los dones del Espíritu Santo: “Sobre él reposará el espíritu de Yahveh: espíritu de sabiduría e inteligencia, espíritu de consejo y fortaleza, espíritu de ciencia y de temor de Yahveh. Y le inspirará en el temor de Yahveh”. El don de temor de Yahveh es asumir la pobreza de ser hombre con alegría porque así es amada por Dios. Y el texto lo cita dos veces como don para el Mesías. Jesús fue pobre como nosotros, pero asumió su pobreza con gozo, sabiéndose amado así por el Padre. La razón por la cual el pobre, a pesar de ser pobre, puede ser feliz es porque es amado, de lo contrario sería desdichado, estaría lleno de miedos y temores hacia su propia indigencia y limitación. Jesús pobre desbordaba de gozo, como luego le ocurrió a Pablo en su debilidad: “Desborde de gozo en mi tribulación y en mi debilidad, porque cuando soy débil es cuando soy fuerte, porque el poder de Dios puede ser fuerte en mí”. ¿Qué poder de Dios? El don del Espíritu Santo.

El Espíritu Santo es para vivir: para despertarse como hijos de Dios, para dormir como hijos de Dios, para alegrarse como hijos de Dios, para sufrir como hijos de Dios, para servir y amarnos como hijos de Dios, como hermanos. Para todo esto, sin el Espíritu Santo, somos esclavos de nuestros propios temores. Por eso, en la Renovación, el Señor nos ha dado la necesidad de una liberación profunda, nos ha concedido una sabiduría nueva sobre la sanación de todas

aquellas cosas que nos aterrorizan y nos hunden en la vida. Por eso, cantamos que el Señor desata nuestras cadenas y cuando lo hacemos, la alabanza produce una liberación del estado de preocupación y angustia con el que llegamos al grupo para alabar al Señor. En la Renovación todo es como una especie de enseñanza del Espíritu Santo que pone a nuestro alcance los medios para poder vivir como vivió Jesús. Cuando vamos acogiendo el don del Espíritu Santo, podemos decir con paz, en cualquier circunstancia de nuestra vida: ¡Gloria al Padre y al Hijo y al Espíritu Santo! Y decir esto,



ungidos por el Espíritu, es estar en Dios, es vivir la vida de Dios, es estar libres de nosotros mismos. Y a esta situación espiritual es a la que nos llama el Señor.

Y además de hacernos libres, el Espíritu nos hace testigos, nos da un poder para hablar de esta experiencia de amor y liberación, para poder proclamarla con una fuerza impresionante que quebranta los corazones. Vemos

como, después de Pentecostés, aquellos discípulos miedosos, encerrados en el cenáculo con trancas por miedo a los judíos, expresan con total libertad y con absoluto poder esa experiencia de la que han sido revestidos. Al que ha recibido el don del Espíritu Santo se le nota porque tiene un corazón libre y un corazón fuerte.

Por eso, vamos a seguir pidiendo con fe el don del Espíritu Santo para poder vivirlo. Y los dones del Espíritu Santo se nos dan todos en la eucaristía, ¡todos! Cada momento de la eucaristía es un momento preciso y precioso para acoger la efusión del Espíritu y sus dones, y, por ello, lo que me gustaría que de esta enseñanza quedase grabado en vuestros corazones de parte de Dios, es la necesidad de la eucaristía en donde todo nos es dado. No en vano se la ha llamado el pan de los fuertes, la dulzura y la sabiduría de Dios derramadas sobre su pueblo, el evangelio todo entregado, es decir, todo Dios entregado. Si nos diera el Señor esta necesidad profunda de la eucaristía, por encima de nuestros egoísmos y tentaciones el Señor tendría poder sobre nuestra vida. Porque ya sabéis lo que dice la Iglesia: “Una sola eucaristía, acogida de verdad en la efusión del Espíritu Santo, es capaz de santificarnos de una vez, porque en ella todo Dios se nos da”.

Que el Espíritu toque nuestros corazones para poder ser libres en Dios, proclamando al mundo con poder lo que hemos experimentado y vivimos, para que todos los hombres, que necesitan tanto a Dios y están sufriendo tantos miedos y tantas cadenas, conozcan el amor de Dios, ese amor grande y gratuito que libera y da vida.

*Pedro Fernández Reyero (O.P.)*

# Este Mes: Proclamar la Palabra

De **“PROCLAMAR LA PALABRA”**. Cap. 8 – Mensajeros de alegres noticias –

Vicente Borragán

## 2. La proclamación eficaz

Proclamar la palabra de Dios «hoy» es actualizar la palabra que pronunció «ayer» por medio de los profetas y del Hijo. En ese hombre que está delante de mí, su mensajero, Dios me sale al encuentro. Él me habla en su nombre y me cuenta «sus» cosas. En la persona del embajador veo y oigo a Dios. El enviado se ha «despojado de su personalidad», para hablar sólo de lo que Dios ha puesto en sus labios. Él me puede decir realmente: «así habla el Señor», aunque sea el más pobre de los mortales.1

La palabra de Dios, a pesar de haber entrado en los moldes de la palabra humana, no se disuelve en ella. Sigue siendo lo que es: palabra de Dios. Pero, ¿cómo es posible que la palabra que sale de mis labios, por más pasión que ponga en ello, sea palabra de Dios? ¿Qué es lo que hace que esta o aquella palabra humana sea palabra del Señor? «El anuncio del hecho definitivo de la historia: Jesús, muerto y resucitado. Cualquier palabra que se pronuncie debe referirse a ese hecho, a la Palabra fundamental de la que tiene su origen. Si no hay conexión con ese hecho, ninguna palabra puede aspirar a ser considerada como palabra de Dios. Si habla de Jesús, muerto y resucitado, aunque sea una palabra humana, su origen viene de la eternidad. Por eso tiene que ser eficaz. Procede de Dios y está cargada con su poder. Por la boca del mensajero habla el mismo Dios».

Estoy ahí, hablando, no por propia iniciativa ni para exponer mis ideas o

el resultado de mis investigaciones, sino para anunciar el plan de Dios. La palabra es cogida de mis labios por el Espíritu Santo y transformada en palabra divina. Él la fecunda y la «diviniza». Por eso está revestida de su misteriosa eficacia. Quien me oye, está escuchando, quizás como un eco lejano, pero auténtico, la palabra de Dios. Mis cualidades personales, mi presencia, mi voz, la pasión con la que hablo... todo cuenta, pero no es lo principal. Es el Espíritu Santo quien da a mi voz y a mi pasión el poder divino que salva a los hombres. No hablo desde la carne ni desde la sangre. Dios habla en mí y por mí. Los hombres saben que esa palabra lleva el aliento de Dios.

*La palabra es cogida de mis labios por el Espíritu Santo y transformada en palabra divina. Él la fecunda y la «diviniza». Por eso está revestida de su misteriosa eficacia.*

«¿Acaso ignoras que este cuerpo de la Iglesia está sujeto a más enfermedades y percances que nuestra misma carne, se corrompe más aprisa y se cura más despacio? Y hay más: los que curan los cuerpos nuestros han inventado variedad de medicamentos, disponen de diversos instrumentos y saben los alimentos necesarios a los enfermos. Muchas veces, la naturaleza del aire basta por sí sola para curar al enfermo, y no faltan casos en que un sueño que viene al punto le ahorra al médico todo su trabajo. Mas en la cura de almas no hay que pensar en nada de eso. Aparte del ejemplo, no se da otro medio ni camino de salud, sino la enseñanza por la palabra. Este es el instrumento, este es el alimento, este es el mejor temple del aire. La palabra hace las veces de medicina, ella es nuestro fuego y nuestro hierro. Lo mismo si hay que quemar que si hay que cortar, de la palabra tenemos que echar mano. Si este remedio nos falla,

todos los demás son inútiles. Con la palabra levantamos el alma caída, y desinflamamos la hinchada, y cortamos lo superfluo, y suplimos lo defectuoso, y realizamos, en fin, toda operación conveniente para la salud de las almas»2.

La carne del enviado es débil, pero tiene en sus labios una palabra que él mismo no ha engendrado. Esa palabra está revestida de la majestad, de la autoridad y de la eficacia del mismo Dios. Es su poder el que la anima. Por eso tiene que ser eficaz.

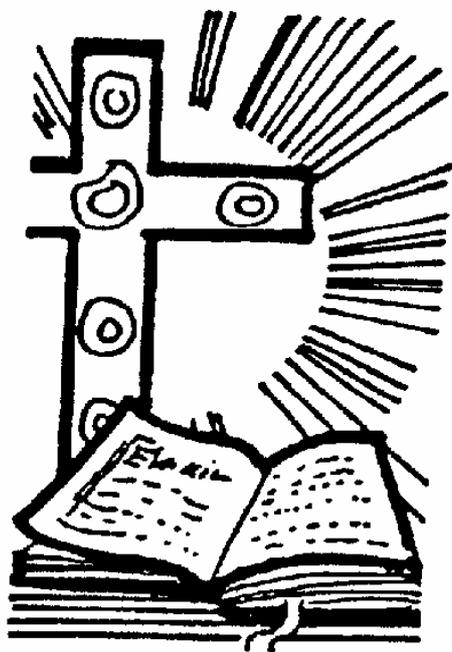
Creo que Dios habla en mí. Él está ahí, misteriosamente presente, dando vida a los hombres a través de «mi» palabra. Yo no sé cómo todo eso puede ser así. Pero el que yo no lo sepa, ni lo vea, tiene la menor importancia. Tampoco veo a Jesús en la hostia consagrada y creo que está allí. Esa es mi esperanza.

Todos vemos el «fracaso» de la proclamación. Y nada podemos objetar contra los que niegan su eficacia soberana. La palabra está condicionada por la libertad humana, por esa capacidad de decisión que Dios ha otorgado al hombre. Pero yo sigo creyendo que Dios es el protagonista principal de la historia de la salvación. Y el hombre, lo quiera o no, es un mero «comparsa». El hombre es una criatura de Dios y él quiere darle vida «a toda costa». Si el hombre pudiera dominar sus pasiones, controlar sus debilidades, vencer a la enfermedad, al pecado y a la muerte, Dios no tendría mucho que hacer en esta tierra. Sería, a lo más, un «ilustre invitado», un «majestuoso ausente». Pero la salvación no está al alcance del hombre. Es Dios quien hace pasar de la esclavitud

*Creo que Dios habla en mí. Él está ahí, misteriosamente presente, dando vida a los hombres a través de «mi» palabra.*

vidad a la libertad, de la muerte a la vida. La salvación no se consigue: se recibe. Sin necesidad de nuestro esfuerzo, si se me permite decir. Porque, si nosotros nos hemos empeñado en pecar y suicidarnos, él se ha empeñado en darnos la gracia y la inmortalidad. ¿Quién va a ganar esa partida desigual?

Dios no es como nos parece a nosotros que tiene que ser, como, tal vez, quisiéramos que fuera. Afortunadamente, Dios no es un contable perfecto, que lleva al día y en orden el «haber y el debe». Dios es absolutamente distinto de todo lo que podemos imaginar, de nuestros deseos y caricaturas. Dios es Dios. Y nosotros



somos sus criaturas. Una obra maravillosa, demasiado bella como para destruirla o dejarla perder, por más desfigurada que pueda estar. Dios nos ama con el amor de todas las madres juntas. Eso es lo que nunca tenemos que olvidar. Somos nosotros quienes alimentamos nuestros instintos «asesinos». Pero Dios es médico y no guerrero. Todo su afán es darnos la vida. Esa es la «obra» que no depende de nuestros esfuerzos, ni de nuestra técnica, ni de las últimas investigaciones. Esa es «su» obra. ¿También para los que le rechazan? Salvar a los «culpables» va contra las leyes más elementales de la justicia. No, no puede ser. O sí puede ser. Dios nos ama, no porque tengamos un aceptable capital de obras buenas, sino porque somos sus hijos. Por eso, no puede

complacerse en la muerte de ninguno. Eso es lo que actualiza y «presencializa» la palabra que proclamamos: ¡la reconciliación ya se ha efectuado, el indulto ya ha sido concedido! ¡Estamos salvados!

La eficacia de la palabra no puede quedar a expensas de la libertad humana. No sé realmente cómo explicarme. ¿Puede la libertad humana dejar «vacía» la palabra de Dios? ¿Y que Dios acepte «resignado» la derrota que le inflige la libertad? ¿Es más poderosa la libertad humana que el mismo Dios? ¿No habrá al-gún modo de reducir esa libertad a la obediencia? ¿No habrá algún momento, aunque sea el último de esta vida, o el «primero» de la otra, en que la palabra de Dios dé sentido a todo, ilumine el corazón, sea plenamente eficaz? Es seguro que Dios no violenta al hombre, pero tiene que tener algún medio para «vencer» sus resistencias. Él le conoce bien, porque fue quien lo creó. ¿Cómo? ¿Cuándo? No lo sé. Mi experiencia desmiente mi fe. Pero ni mis ojos, ni mi experiencia llegan nunca al fondo de las cosas. Mi visión del mundo es estrecha y parcial. Dios tiene que tener algún medio para hacer germinar en el corazón humano deseos de eternidad, nostalgia del cielo. Quiero creer que mi experiencia, lo que entra por mis ojos, no puede ser la última palabra sobre un asunto tan vital. Prefiero confiar en Dios.

«Está presente (Cristo) en su palabra, pues cuando se lee en la iglesia la Sagrada Escritura, es él quien habla». Está en la Escritura, ¿no lo estará en la palabra proclamada? Habla en la Escritura, ¿no hablará en la proclamación? La palabra es eficaz, ¿no lo será la palabra que proclamamos?

«Dios sigue llamando a todos los hombres por medio de sus heraldos. A través de la palabra humana se propone, se insinúa y se regala. En ella se muestra como revestido de «harapos». La debilidad de la palabra y del mensajero es casi absoluta. Pero en el hombre que proclama la palabra, Dios se hace maravillosamente presente. A través de sus enviados Dios sigue conversando con nosotros en orden a nuestra salvación».

Proclamar la palabra no es asunto

«nuestro», ni preferentemente nuestro. Hablamos en nombre de Dios, decimos su palabra. Si aceptamos ser sus embajadores debemos saber muy bien lo que hacemos. Él dispone de nosotros. Le prestamos nuestro ser para que lo utilice como mejor le plazca. Sólo tenemos que indicar a los hombres dónde está el Manantial de aguas vivas y cuál es el inmenso afán de Dios: dar vida, vida abundante, derrocharla en favor de todos sus hijos. Por eso, la proclamación no puede fallar. Tiene que ser eficaz.

Hay que sembrar a voleo, sin miedo a que se pierda la semilla. Sería gravísimo dejar de hablar. Esa es la tentación a la que no podemos sucumbir. La palabra llega donde no podemos ni imaginar. Y siempre hay una

*Hay que sembrar a voleo, sin miedo a que se pierda la semilla. Sería gravísimo dejar de hablar. Esa es la tentación a la que no podemos sucumbir.*

tierra buena que la recoge y le da calor. Alguien ha escrito que «basta un ruiseñor para animar un parque dormido». Así, la palabra anima al mundo entero. Parece derrotada en la mayoría de los casos, pero, como el ave fénix, siempre renace de sus cenizas. Nadie puede apagar su brillo. Esa es la esperanza de todos los proclamadores: que la palabra que pronuncian jamás torna de vacío, que siempre se queda «con carne entre las uñas». Es posible que haya que esperar un tiempo hasta que aparezca, primero la hierba, luego la espiga y finalmente el fruto granado. Pero la palabra no es derrotable ni vencible<sup>3</sup>.

1 O. SEMMELROTH, La palabra eficaz, Dinor, San Sebastián 1967.

2 S. JUAN CRISOSTOMO, De sacerdotibus, 4,3

3 O. SEMMELROTH, oc., 201-202

# Para Meditar...

## NACER DE NUEVO

*"¡Nicodemo!... Si uno no nace de nuevo, no puede vislumbrar el Reino de Dios."*

*Jn 3,3*

En el valle del Tiétar había una cascada entre los montes que yo frecuentaba. En el fondo, una roca de la garganta recibía la constante y fuerte sacudida del agua. Una roca que mucho antes pudo ser áspera, con estrías y hendiduras, pero ahora no. Ahora es lisa.

El acariciar su suavidad hablaba del trabajo de muchos años en los que la cascada había ido "forjando su piedra"... Muchos años han pasado desde que el agua comenzó a caer allí.

El agua había cambiado el mismísimo trabajo primero de la naturaleza. El trabajo primero que formó una tosca piedra.

Una piedra, que tras miles de años en el seno de la tierra, un día vio la luz. Un día fue sorprendida por un frescor desconocido que con el tiempo la hizo diferente. La hizo nacer de nuevo. Formó en ella un gran hueco como una suavísima bañera.

Ahora sus compañeras la señalaban como "la distinta". Parecería oír sus risas ridiculizando la suavidad no normal de su "ser piedra".

Pero ella es bella... Y sigue siendo piedra... Y sigue transformándose bajo la mano poderosa y caprichosa del agua.

Somos llamados a nacer de nuevo en nuestra vida... Llamados a vivir en

el Reino.

Dios derrama sobre nosotros el torrente impetuoso y silencioso de su gracia. Algo que no se puede oler ni ver... Nosotros somos piedras toscas. Personas normales llamadas a vivir en el Reino.

La fe se nos ha presentado delante como don y la hemos aceptado. Hay algo más en nuestra naturaleza que la tosca esencia de piedra.

Según el proceso de cada uno, con los sacramentos y la efusión del Espíritu comienza a caer sobre nosotros un torrente de gracia tan potente como de primeras inapreciable.

Pasan los años y el agua viva cae y cae limando cada una de las asperezas de nuestro ser.

Las piedras de alrededor. Las "otras piedras", se reirán de nuestras formas de hacer, vivir o pensar. Pero el que recibe el flujo del Espíritu deberá guardar silencio. Callar y dejarse transformar.

El Señor se desborda con fuerza sobre el que le recibe. El Señor lima, quita asperezas, destroza parapetos y defensas y te deja desnudo ante Él.

Él es torrente y yo una de sus piedras.

¿Hasta dónde llegará disolviendo mi materia? Como Jonás, a veces quisiera escapar. Como Jeremías, otros días, surge en mí el gemido: "¡Ah! Señor,

mira que soy un muchacho".

Por miedo, a veces puse tejados y murallas para que su fuerza me refrescara sin desgastarme... Todo fue en vano. El torrente se metía por las grietas y acababa arrastrándolo todo. El Señor no respeta murallas cuando le has dicho que sí. Y aunque de pecado te cubras, si ante Él te quedas, serás transformado... limpiado.

Tras la lucha volvía la paz y como Jeremías, volvía a decirle: "Me has seducido Señor, y me dejé seducir; me has agarrado y me has podido" (Jr. 20, 7).

Y Él no cesa. Recibiendo su manantial se transforma el corazón, los criterios cambian y cura los deseos.

Y Él no cesa. Nunca para de invitarnos a nacer de nuevo dándonos la posibilidad y el método.

Nacer de nuevo. Ser transformado y renovado a cada instante por el torrente de gracia que viene desde el Padre.

*Del Libro de Chalo: "Volviendo a Sicar – Para orar por el Camino"*



## El Rincón de los Testimonios

De cómo la RCC me llevó a los pies de María.

He oído muchas veces que en la RCC, María, nuestra madre, no está muy presente y quiero contar mi testimonio para la gloria de Dios y por si puede servir a algún hermano.

Hace muchos años, en 1.983, fui a un encuentro a Paray le Monial (Francia), junto a otra hermana de mi grupo y tres hermanos de Burgos.

Durante el camino hacia allí, estaba expectante porque habíamos oído que este era un lugar donde el Señor derramaba abundantes gracias.

Yo fui haciendo mi lista de peticiones y entre ellas, le pedí al Señor que me "presentara" a su Madre.

Había escuchado hablar de lo bueno del rezo del rosario y las oraciones marianas, pero a mi, no me salían del corazón. No me llamaba nada la atención esa virgen arrobada, con los ojos en el cielo...su corazón, no me resultaba cercano...no significaba mucho para mi...ni me preocupaba mucho tampoco.

Pero las personas que me hablaban de esto, si eran cercanas y sabía que me querían mucho y que buscaban lo mejor para mi, de ahí, mi petición al Señor.

El encuentro el Paray fue una maravilla, una re-

velación de Dios para mi vida, en muchos aspectos y...el Señor, me presentó a su madre. María llegó a mi vida como una mujer cercana, una amiga, una madre, una hermana y que siempre me lleva a Jesús.

Desde entonces, hablo mucho con ella, le pido consejo, refugio y sobre todo, intercesión.

Tomé en aquel encuentro el compromiso dulce del rezo diario del rosario y al conocer en lo más profundo de mi corazón la tierna intercesión de María, decidí rezar un rosario por cada día de mi vida pasada, desde el día

de mi nacimiento, pidiendo que ella me acompañara e intercediera ante su Hijo amado, pidiendo todo tipo de sanación de heridas, traumas, dolores...toda esa manera de orar tan nuestra, pero acompañada por ella.

Y así lo hice....¡y había muchos años que "recuperar"....Pero ese tiempo ha sido para mi una escuela de oración, un llevarme a la oración incesante, un decir cada día muchas veces, Dios te salve María, llena de gracia....bendita tú entre las mujeres....y ruega por nosotros pecadores. Y también confiarle a ella, a su bendito corazón, esos años de mi vida que han sido especialmente difíciles y meterme en su manto y....en definitiva, que nos hemos hecho grandes amigas. Sigue caminando a mi lado, a veces medio oculta, pero sé que es mi madre y que está ahí siempre.

Y después del rosario vino el rezo del Angelus (en el que nos unimos mucho hermanos para interceder y pedir bendición), y una unión con ella que marcará toda mi vida.

Doy gracias infinitas a Dios por la misericordia que tuvo conmigo al mostrarme este camino para llegar a El. Gloria al Señor.

*Nines de Valladolid*



# Recordemos qué es la Renovación

En la Revista nº 9 del pasado mes de Marzo, incluíamos un extracto del Capítulo V del Libro: “¿Un nuevo Pentecostés?” escrito por el Cardenal Suenens.

En esta, también reproducimos una parte del mismo Libro. Se ha escogido una parte del Capítulo VI; (concretamente el Apartado III).

Con esta lectura, vamos a seguir profundizando en el conocimiento de “esta corriente de gracia” que es la Renovación.

Que el Espíritu Santo nos acompañe en esta lectura y nos haga experimentar su presencia.

## III) Significación y alcance de una experiencia.

Reconocer a un árbol por sus frutos es sin duda un “test” valioso cuando se trata de las obras del Espíritu; no podemos sino alegrarnos ante las múltiples manifestaciones de Espíritu que responden a tal criterio.

Si he hablado de la renovación como de una privilegiada manifestación del Espíritu en la hora actual, no he querido decir que se trate de una exclusiva manifestación que supla a todas las demás. Si fuera así estaríamos caricaturizando mi pensamiento. Pero creo con toda el alma que nos encontramos en presencia de una gracia de elección para la Iglesia, si es que acertamos en captarla, marcar su ruta desde el interior y preservarla de los falsos modos que no cesará de suscitar en ella el Maligno, consiguiendo en cambio que penetre ella como por una especie de ósmosis en nuestro propio comportamiento tanto personal como colectivo.

### 1. El cristiano «normal»

Todo movimiento del Espíritu nos invita a interrogarnos a nosotros mismos, como por un contragolpe, sobre nuestra propia correspondencia a la gracia y sobre nuestra propia identidad cristiana.

Ahora bien, lo que más me maravilla en esta experiencia que estoy analizando, es que ella, me fuerza a releer, con nueva atención, los textos de San Pablo y de los Hechos de los Apóstoles, que sin embargo yo creía ya antes conocer. Viendo bruscamente como

surgen las manifestaciones del Espíritu, semejantes a aquellas de que nos habla el Nuevo Testamento me veo obligado a plantearme la cuestión de si los cristianos de la primitiva Iglesia lo eran de excepción, de un tipo fuera de serie, o si somos nosotros los cristianos debilitados «por debajo de lo normal». Me veo obligado a interrogarme sobre las normas de la fidelidad cristiana y sobre mi adhesión a Cristo. En verdad ¿yo creo firmemente cuando repito las palabras de San Pablo que dicen: «¡No soy yo sino Cristo el que vive en mí!»? (Gal., 2,20). Y ¿quién se atreve a decir las mismas palabras como aplicables a todo cristiano que dice estar haciendo aquí en la tierra lo que el Señor hizo por sí mismo? Las que él hizo e incluso mayores... (Cfr. Juan, 14, 12).

Tal interrogación me obliga a arrojar una mirada de frente a lo que el cristianismo posee de más antiguo, de más fundamental: la adhesión a la vida de Cristo en el Espíritu Santo. Con todas sus consecuencias invisibles... y visibles. Bien sea que el «test», por excelencia, de nuestra fidelidad cristiana es la caridad, pero ello no excluye otros signos de la presencia del Señor, los que él nos dio explícitamente y lo que vino como a estallar desde el día siguiente de Pente-

*En verdad ¿yo creo firmemente cuando repito las palabras de San Pablo que dicen: «¡No soy yo sino Cristo el que vive en mí!»? (Gal., 2,20).*

costés (Marc., 16, 17-18).

Contemplando e intentando revivir aquellas formas del cristianismo primitivo, me veo obligado a encaramme conmigo mismo, como ante un espejo. Y a medir el vigor y la amplitud de mi fe de cristiano del siglo veinte comparándola con la del cristiano del primer siglo.

### 2. La santidad “ordinaria.”

Para mí lo que más me extraña todavía es ver de pronto cómo el Espíritu se manifiesta y penetra en cristianos de toda condición. Estos estudiantes de Pittsburgh y de Ann Arbor, como los de otras partes, representan al cristiano ordinario. Ellos no son ni eremitas ni están especializados en caminos de alta santidad: son fieles de filas. Y me traen a la memoria una palabra del Maestro, cuando dio gracias a, su Padre: «por haber ocultado esto a los sabios y entendidos y haber-

*El Vaticano II ha insistido con vigor acerca de la santidad como vocación común del cristiano. Esta democratización de la santidad no ha llamado tanto la atención como otras reformas «democráticas»; pero la llamada del concilio permanece, y no puedo por menos de alegrarme ante las respuestas que el Espíritu Santo no deja de suscitar...*

lo revelado a los pequeñuelos» (Luc., 10, 21).

Se trata de abrirse al Espíritu y sus dones, pero no solamente en los cristianos que profesan tender a la santidad, sino en todos los que simplemente aspiran a vivir su fe, desde donde se encuentran. ¿Quién se habría ayer atrevido a sostener que estos dones, tales como el de profecía., el de interpretación, el de curación, los milagros podrían también venir sobre los cristianos que sólo viven su fe ordinariamente? Hasta ahora hemos considerado a tales dones como monopolio de los santos o de los fieles... en vías de canonización. Esto bien merece que reflexionemos. Nos es menester revisar nuestra enseñanza respecto al tema, lo cual lleva bien lejos. Por mi parte me impresiona el hecho de que el Vaticano II haya podido consagrar el capítulo V de «Lumen gentium» a recordar con insistencia la vocación a la santidad de todos los cristianos y que el Espíritu Santo aparezca en cuanto a esta obra entre nosotros situado en el centro. Recuérdese cómo en los tratados espirituales de antaño se tenía gran cuidado en jerarquizar la santidad según la sabia graduación que establecía los “estados de perfección”. La pirámide situaba a los laicos en la base y a los monjes contemplativos en la cumbre. El canonista ponía incluso en la cabeza de la clasificación a los canónigos regulares de Letrán. El Vaticano II ha insistido con vigor acerca de la santidad como vocación común del cristiano. Esta democratización de la santidad no ha llamado tanto la atención como otras reformas «democráticas»; pero la llamada del concilio permanece, y no puedo por menos de alegrarme ante las respuestas que el Espíritu Santo no deja de suscitar, según la variedad de vocaciones y en las latitudes más diversas.

### 3. Las prometidas manifestaciones, del Espíritu.

Una vez que se ha aceptado que Cristo vive y opera en cada cristiano es normal creer también que el Señor continúa manifestándose entre nosotros. «Si vosotros no me creéis, decía Jesús a los que, le escuchaban, por lo menos creed en mis obras» (Cfr. Juan,

*... y en el concilio luché por la causa de la actualidad de los carismas. Pero una cosa es defender una tesis que creo profundamente justa, y otra sentirse interpelado por los hechos que la confirman.*

19, 38).

Estas obras eran los signos y prodigios, la curación de los enfermos, el combate victorioso contra las potencias del mal, la profecía, la interpretación de las Escrituras, aquellas palabras únicas de Quien enseñaba con autoridad y hablaba como nunca había hablado hombre alguno. Todo aquello que demostraba los poderes de Dios en Jesús es normal que se encuentre también entre sus discípulos. No hay solución de continuidad entre el Maestro que curaba al paralítico y Pedro y Juan que dijeron al otro paralítico de la Puerta Hermosa: «en el nombre de Jesucristo Nazareno, levántate (Hechos, 3,6)

Estamos ante el mismo Señor, el mismo Espíritu.

No es, pues, asombroso desde luego que una renovación del Espíritu dé lugar a que florezcan las manifestaciones carismáticas.

Lo que nos diferencia, con desventaja nuestra, de la fe de los primeros cristianos se manifiesta en la medida de nuestra apertura, de nuestro saber acoger las riquezas del Espíritu.

Un teólogo bien entendido en la renovación carismática, el Padre Kilian McDonnell O. S. B. ha comparado el conjunto de los dones, el «dispositivo carismático» a un espectro que va de la A a la Z, siempre que se entienda que la analogía tiene un valor muy relativo. y que con ello no se cataloga la acción dinámica multiforme e imprevisible. de Dios. En esta línea distingamos dos zonas: la de A a P, y la de P a Z; el dicho autor sitúa el espacio de. Aa P como propio de los dones ordinarios, y el de P a Z como el de los dones extraordinarios. Los cristianos, nos asegura él, se encuentran más o menos familiarizados con la sección que va de A a P

y creen que los dones que van de. P a Z no pertenecen a la vía normal del cristiano. Tal espacio según ellos corresponde a una clase reservada a algunos santos, o seres excepcionales. Se reconoce también que en la Iglesia primitiva se daban en profusión a plano de la vida ordinaria de los cristianos los carismas de A a Z, pero que después hay que esperar mucho para volver a encontrarlos bien aparentes entre los cristianos del siglo veinte. La enseñanza ordinaria no supone otra cosa y no se remite nunca a nada que desdiga a éste como lícito postulado.

Otra comparación podría iluminar.

Comparemos el conjunto de los carismas espirituales a órganos de tubos diversos y poderosos. Tales órganos son instrumentos del Espíritu, es él quien sopla, él el artista. Los tubos vibran bajo sus dedos; la liturgia le lleva la mano, mejor dicho la mano es la del Padre. Para poder dar lugar a

*Todo aquello que demostraba los poderes de Dios en Jesús es normal que se encuentre también entre sus discípulos.*



*No es, pues, asombroso desde luego que una renovación del Espíritu dé lugar a que florezcan las manifestaciones carismáticas.*

todas las sonoridades musicales, es preciso, que todo el teclado reaccione ante los dedos del artista. Si algunas teclas no funcionan, algo anormal hay que examinar. Si la Iglesia en su conjunto no ofrece al Espíritu los debidos sonidos no es debido al Espíritu, sino porque no nos atrevemos a creer que tales teclas podrían muy bien vibrar bajo la mano del artista si ellas estuviesen en plena docilidad, dispuestas a ser manejadas.

Lo que nos falta es una percepción de nuestra identidad cristiana exacta y precisa: no osamos creer, con una fe expectante, que toda la variedad de los dones del Espíritu se encuentre siempre en disposición ante la Iglesia de Dios. No decimos lo bastante que en verdad somos ricos con todas las riquezas de Dios, las cuales nos pertenecen, desde la fe, siempre que las invoquemos con humildad y las acojamos con confianza. El cristiano no sabe lo que él es: un hijo de Dios y heredero del Reino, todo lo cual en la práctica lo ignora; él dispone de tesoros espirituales que permanecen como encerrados, sin ser conocidos por falta de una fe que espera contemplarlos con sus ojos.

En presencia de las manifestaciones del Espíritu, que en numerosas ocasiones me parece que llevan suficientes garantías de autenticidad, me veo obligado a releer, con ojos nuevos, los textos de la Escritura que me hablan de los carismas del Espíritu como de algo normal del todo en el ámbito de las primeras comunidades. Yo bien sabía que los Hechos de los Apóstoles no son un documento arqueológico, y en el concilio luché por la causa de la actualidad de los carismas. Pero una cosa es defender una tesis que creo profundamente justa, y otra sentirse interpelado por los hechos que la confirman. Tal interpe-lación nos concierne a todos. Lo que me impresiona en estas experiencias no es tanto la novedad cuánto el resurgimiento de la tradición más original y el redescubrimiento de nuestro punto de partida.

Todo ello evoca en mí aquellos versos de T. S. Eliot:

«We shall not cease from explora-tion

and the end of all our exploring  
will be to arrive where we started  
and know the place far the first  
time»

(3) .No dejaremos de explorar, y el término de nuestra exploración, será de nuevo dar con nuestro punto de partida, al que conoceremos entonces por vez primera. T. S. Eliot.

La renovación litúrgica nos ha conducido al punto de partida que fue el cenáculo de Jerusalén en la tarde del Jueves Santo.

La renovación carismática nos invita a contemplar a este mismo cenáculo en la mañana de Pentecostés. Buena gracia es la de poder comprender mejor nuestros orígenes, creyéndonos que ya los conocíamos, es decir, tomando conciencia de ellos con profundidad y autenticidad cristianas.

### **Una corriente de gracia que pasa.**

Para captar el sentido de la renovación carismática y su verdadero alcance es necesario guardarse de aplicar categorías ya terminadas, y en particular ver en ella solamente un movimiento más que conviene yuxtaponer a otros movimientos, o peor aún, que conviene poner en concurrencia con ellos. No se trata en verdad de nada de esto, sino de una moción del Espíritu a disposición de todo cristiano, sea clérigo o laico, es decir, se trata de una corriente de gracia que pasa y que conduce a vivir una tensión mayor y consciente de la dimensión carismática inherente a la Iglesia. Porque todos los cristianos son carismáticos por definición; lo que les distingue es la conciencia más o menos viva que ellos tienen de esta realidad fundamental necesariamente común.

No se trata pues de un movimiento particular, si se entiende por tal una estructurada organización de miembros afiliados con sus obligaciones muy definidas. Para sentirse dentro de esta corriente no se requiere en modo alguno asociarse a un grupo especial constituido en torno a la oración. Nuestro Señor dijo: «Donde dos o tres se reúnan en mi nombre allí me encuentro entre ellos» (Mat., 18, 20). A

*No se trata pues de un movimiento particular, si se entiende por tal una estructurada organización de miembros afiliados con sus obligaciones muy definidas.*

partir de esta modesta cifra puede tener lugar una oración comunitaria entre cristianos. El Espíritu sopla donde y cuando quiere; no son necesarios cuadros e instituciones algunos para poder penetrar por los más diferentes ambientes: laicos de toda condición, congregaciones y órdenes religiosas de todo género, sin restar nada de su propio carácter, todos ellos se han sentido abiertos a tal corriente, en espera - yo lanzo el pronóstico - de que este movimiento discretamente vaya penetrando paso a paso por los obispos... las conferencias episcopales... los sínodos romanos. El hecho de que los cristianos, tocados por esta corriente, gusten encontrarse entre sí para compartir juntos su fe, su esperanza y su amor fraterno bien renovados ellos, y para comunicarse dentro de una oración espontánea en la que se sientan a gusto - sin inhibición, sin respeto humano - ello no indica que allí se trate de una iglesia dentro de la Iglesia, sino sencillamente de ser ellos unos cristianos contentos con serlo juntos ante el Señor y prontos a servir a los demás allí donde la Providencia los ha colocado.

Permítaseme una comparación. Para aprender inglés ¿es imprescindible que me inscriba en una academia Berlitz de idiomas? No, yo puedo aprender el inglés en mi soledad, con la sencilla ayuda de algún disco. También puedo ayudarme de algún amigo inglés que habla en su lengua: me bastaría de uno solo. Lo cual, por supuesto, no quiere decir que un aprendizaje

*Se trata de una corriente de gracia que pasa y que conduce a vivir una tensión mayor y consciente de la dimensión carismática inherente a la Iglesia. Porque todos los cristianos son carismáticos por definición.*

colectivo en una escuela no sea también muy útil. Aquí es donde hay que situar el papel y la importancia de los grupos de oración.

Uno de los responsables de Ann Arbor, Stephen Clark, insiste, para sacudirse todo equívoco: «Nosotros no tratamos de hacer algo especial: intentamos sencillamente vivir el cristianismo en el poder del Espíritu... El Espíritu Santo es el que nos aparece como indispensable... No deseamos de modo alguno que se identifique esta renovación con la renovación de la Iglesia. Dios suscita otras muchas cosas. Pero el trabajo del Espíritu nos parece fundamental. Entonces el redescubrimiento de este poder del Espíritu forma parte verdaderamente esencial de toda la renovación de la Iglesia; lo cual debe afectar con necesidad a campos muy variados: el culto, la liturgia, la vida comunitaria, el servicio social y apostólico»

En una notificación hecha al con-

greso internacional de South Bend, titulada «The Holy Spirit is no longer a ghost» («El Espíritu Santo no es un fantasma»), el Padre John C. Haughey, S. J. hacía notar con mucha razón que los responsables no tenían apenas que hablar del movimiento carismático, sino del Señor, y añadía: «Cuanto más se encuentra uno asociado a esta corriente, menos se concentra sobre el movimiento como tal y más se interesa en las mociones del Espíritu, tanto en sí mismo cuanto en la comunidad creyente a la cual se pertenece» (5).

El ideal confesado por los «líderes» espontáneos del «movimiento» (me veo obligado a poner entre comillas estas palabras inadecuadas) es el de desaparecer. Un periodista americano titularía tal propósito: «A movement that wishes to die» («Un movimiento que aspira a morir»). Exacto: su ambición es la de borrarse lo más posible, algo así como a otro nivel han desaparecido los mo-

vimientos bíblicos y litúrgicos, y esperamos que no menos el ecuménico el día en que toda la Iglesia haya integrado su impulso. Se desea desaparecer una vez que el fin se ha alcanzado como las aguas de un río pierden su nombre al desembocar en el mar.

Hay quien, por temor de abusos o de cambio de aguja, siempre posibles, se ve tentado de rechazar lo que, a mi parecer, va marcado por Dios; se podría entonces releer la palabra de Gamaliel a propósito de aquellos cristianos que en cierto Pentecostés inquietaban a muchos: «Por ahora, os lo digo, dejadlos. Porque si su empresa o su obra viene de los hombres se destruirá por sí misma; pero si viene verdaderamente de Dios no os lancéis a destruirla. No os arriesguéis a entrar en guerra contra Dios» (Hechs, 5, 38-39).

Cardenal L. J. Suenens

## Noticias...Noticias...Noticias



*Te basta mi gracia*  
*2 Cor 12, 9*

*ENCUENTRO NACIONAL: 14 y 15 de Octubre.*

**RCCeE**

*Renovación Carismática Católica en el Espíritu.*

Bajo el lema "**TE BASTA MI GRACIA**" celebraremos gozosos, en Madrid, el encuentro nacional de hermanos los días 14 y 15 de Octubre de 2006. Será un tiempo de fraternidad de bendición y de alabanza.

Sabemos que estos retiros son siempre momentos de gracia. La alabanza, la adoración, la predicación y la bendición de la Iglesia serán nuestras acompañantes.



**LUGAR:** como en el año pasado, el encuentro será en el **PALACIO MUNICIPAL DE CONGRESOS DE MADRID**, frente al recinto ferial del IFEMA

**¡venid a compartir las bendiciones del Señor!!**

## HORARIO DEL ENCUENTRO

### Sábado, día 14:

9'30 Acogida  
 10'00 Laudes  
 11'00 Enseñanza  
 12'00 Descanso  
 12'30 Enseñanza  
 COMIDA  
 16'30 Alabanza  
 17'30 Enseñanza  
 18'30 Descanso  
 19'00 Eucaristía  
 20'30 Cena  
 22'00-23'00 Adoración

### Domingo, día 15

10'00 Laudes  
 11'00 Enseñanza  
 12'00 Descanso  
 13'30 Testimonios  
 COMIDA  
 16'30 Eucaristía.  
 18'00 Despedida.

## INFORMACIONES ÚTILES

¿Cómo llegar?

### PALACIO MUNICIPAL CAMPO DE LAS NACIONES.

Avd de la Capital de España, Madrid, s/n  
 28042 Madrid

Situado en el campo de las naciones y a cinco minutos del aeropuerto de Barajas, las principales vías de acceso son:

M40, salida nº 7  
 A2, salida Gran Vía de Hortaleza  
 M11

Metro. Línea 8 (Nuevos Ministerios/Barajas) en las estación **CAMPO DE LAS NACIONES**.

### Autobuses de la EMT

Línea 122 salida intercambiador Avd de América  
 Línea 112 salida de la Glorieta Mar de Cristal  
 Línea 104 salida de Cruz de los Caídos

### PARKING:

Dispone de 503 plazas de aparcamiento

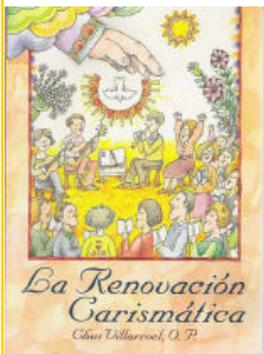


**PALACIO**



**M  
E  
T  
R  
O**

# Ideas Para Tu Biblioteca



Existen muchos libros que nos hablan de la Renovación Carismática. Prácticamente todos ellos merecen ser leídos y que formen parte de nuestra biblioteca.

Hoy recomendamos este libro del P. Chus Villarreal, como uno de los más idóneos para conocer qué es la Renovación Carismática y cómo podemos vivirla.

De una forma coloquial y sencilla, y fuertemente testimonial, comienza el libro introduciéndonos en el ambiente que se vive dentro de los Grupos de Oración.

Una vez “viviendo esa experiencia”, el P. Chus nos va llevando de la mano para que conozcamos más a fondo la espiritualidad que sustenta a la Renovación, sus fundamentos teológicos y cómo es su integración en la Iglesia.

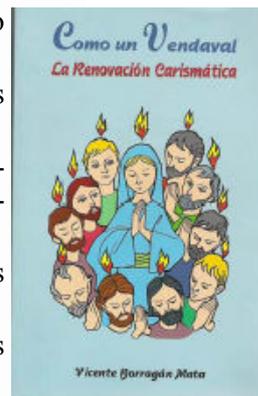
En muchas ocasiones deseáramos conocer más sobre temas que vivimos de cerca, como puede ser La Renovación Carismática; pero no tenemos la suficiente información.

Un magnífico libro sobre La Renovación Carismática, es este que traemos hoy a nuestras páginas de la Revista.

“Como un Vendaval”, del P. Vicente Borragán Mata, es un libro que nos da una amplia visión de lo que es la Renovación. Prácticamente, todo lo que deseamos saber sobre ella lo encontramos en sus páginas.

Con un estilo apasionante, el P. Vicente Borragán, nos muestra la Renovación en todos sus contextos.

Nos da su propio testimonio; hace un poco de historia, nos lleva a los inicios, “vive” los Grupos de Oración en toda su dimensión y como final nos habla del futuro de la Renovación.



“El Regreso del Hijo Pródigo” es uno de los libros que hay que leer para meditar sobre su contenido.

Si hacemos una reflexión sosegada sobre nuestra vida, todos somos “Hijos Pródigos” que en multitud de ocasiones abandonamos la “Casa del Padre” para dilapidar la herencia espiritual que hemos recibido.

Recomendamos vivamente la lectura de este precioso libro por lo que tiene de testimonial.

El autor, Padre Henri J. M. Howen, vive intensamente la Parábola y nos hace participar en los sentimientos de cada uno de sus personajes: De los del hijo menor que regresa abatido, los del hijo mayor que rechaza la venida de su hermano y los del propio Padre que acoge a los dos con todo su amor.

## A Tu Servicio

Queridos hermanos: simplemente recordaros que este boletín ha nacido con la vocación de ser distribuido por correo electrónico GRATIS.



Somos conscientes de que muchos de vosotros todavía no tenéis acceso a este sistema de correo. Por ello, permitidnos apelar de nuevo a los hermanos que ya lo tenéis para que contribuyáis a hacer llegar este Boletín a todos aquellos que les pueda interesar. Os damos las gracias por anticipado.

Recordaros también, que en las direcciones que ponemos debajo de estas líneas podemos recibir tus sugerencias y comentarios.

Dinos si el documento te ha servido para algo, qué te gustaría que incluyera o qué te sobra. Si tienes alguna colaboración que hacer, noticias, carta, testimonio, etc., estos son los sitios a los que enviarlas. Desgraciadamente, no te podemos garantizar su publicación, pero sí trataremos de encontrar el mecanismo para mencionarla, por si alguien la quiere conseguir por correo o e-mail.

Teléfono de contacto: 917735644 ( María Jesús)  
e-mail secretaria: beaccarrasco@telefonica.net  
Correo ordinario: María Jesús Casares Guillén  
c/ Camino de los Vinateros, 119 –28033–Madrid

Tu equipo de servidores en la zona centro:  
Begoña Flórez, Chalo González, Clara Albert, Conchita Jiménez, Licerio Osuna, Mamen Sánchez, María Jesús Casares, María de la Fuente.